LEA USTED

LA NOVELA FANTÁSTICA

100 páginas de lectura emocionante y de insuperable interés. Las mejores novelas de su género de los mejores autores del mundo.

Ejemplar: **50** cts.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

La Novela Sugestiva

10



50

RENÉ RENOLT

El cercado ajeno

CTS

EL CERCADO AJENO

EL CERCADO AJENO

La Novela Sugestiva

EL CERCADO AJENO

por

RENE RENOLT

Ilustraciones de
M E L

30

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.



A mamá de Milagros, al terminar de leer la carta que acababa de recibir, declaró a su hija, que, curiosa, esperaba noticias:

—¿No sabes, Milagros?

—¿Qué, mamá?

—Pues que tu prima Enriqueta se casa.

—¡Ah!

—Sí. Y nos escribe invitándonos a la boda e insistiendo en que, por lo menos tú y yo, no debemos faltar; que cuentan con nosotras.

—¿Y...?

—Nada, nada; que iremos. ¡Precisamente tenía yo unas ganas de ver Valladolid! Pasaremos allí una semanita.

—¿Cuándo es la boda?

—El viernes de la próxima semana.

—¿Dentro de cinco días?

—Cabalito.

Y desde aquel momento madre e hija no cesaron de relamerse con lo que se iban a divertir en Valladolid con motivo de la boda de Enriqueta.

No llegaron tarde a la estación en el día predestinado. ¡Qué habían de llegar! Y como les gustaba ver desfilar el paisaje, instaláronse junto a una ventanilla, sin preeocuparse de los viajeros que a su lado fueran tomando asiento, viajeros entre los que había alguno digno de mención.

Tal, un sujeto de unos veinte años, de rostro simpático, que al instalarse junto a aquella golosina que era Milagros, procuró hacerlo lo más estrechamente posible, no sin echar una recelosa mirada a doña Aurora, nombre de la señora mamá de nuestra protagonista.

Y el tren comenzó a correr, a correr, como si quisiera vencer al tiempo, que inexorablemente seguía su carrera sin fin.

Comenzó a anochecer.

El paisaje íbase ya anegando en sombra.

Doña Aurora y Milagros dejaron de mirar.

Quedara ya muy atrás El Escorial, y Avila se iba aproximando.

—¿Tienes ya ganas de cenar, nena?—preguntó doña Aurora a Milagros.

—Bueno... Si te parece...

Destaparon las vituallas. Invitación general seguidamente, como es de rigor:

—¿Ustedes gustan?...

—Gracias.

—Muchas gracias.

—Que aproveche.

Media hora después, doña Aurora, atacada por Morfeo, se fué quedando como un poste.

Y como no hay nada tan contagioso como el sueño en un vagón del ferrocarril, el que más y el que menos fué doblando la cabeza. Al llegar el tren a Avila, sólo un viajero velaba...

Acechaba más bien, querido lector.

Era Armando Perales, o sea el viajero que tomara asiento junto a Milagros: un joven estudiante que se dirigía también a Valladolid a pasar las vacaciones al lado de sus padres.

Armando, que en su vivir madrileño rodara de cine en *cabaret*, sabía ya demasiado de las mañas precisas para «disfrutar» de la exquisita vecindad de una muchacha tan encantadora y angelical como Milagros.

Y así, comprendiendo que sus compañeros de viaje no irían más allá de Avila en lo de hacer frente al sueño, esperó, quietas las manos, beatífico el rostro y un aire total de compunción que le captara la general confianza.

Pero en cuanto, pasado Avila, y según sus previsiones, Armando se diera cuenta de que todo el mundo dormía y el terreno era suyo, puso una mano negligentemente sobre el muslo derecho de Milagros, que respiraba rítmicamente, entregada,

sin duda, al más infantil y candoroso de los sueños.

La chiquilla no se estremeció. Por el contrario, ¿no viera Armando dibujarse una leve sonrisa, como de acogimiento, entre los labios finos de la muchacha?

Armando hizo una leve presión sobre la carne femenina.

El sueño de Milagros no pareció interrumpirse...

Los ojos de Armando se animaron entonces con la llama de la lujuria. ¡Iba a hacer feliz al lindo angelito con poco que éste pusiera de su parte!

Decidido, sutil, con un arte cien veces probado en los cinematógrafos madrileños, Armando corrió una mano, en revoloteo de mariposa, a lo largo del cuerpo de la joven.

¡Qué profundo y sosegado era el sueño de la ingenua muchachita! Ella no sentía la mano audaz.

La mano de Armando se detuvo al fin.

¿Qué experimentó Milagros?

Ella no hubiera sabido decírnoslo. O tal vez se hubiese explicado, en su inocencia, así:

—Primero sentí como si una pulga corriera a lo largo de mi cuerpo. Luego ya no fué una pulga, sino otro animal un poco más grande que picoteaba obstinadamente. Conforme se iba prolongando, yo experimentaba un dulce, un sin igual desfallecimiento, nerviosas sacudidas... Y, de repente, cuando todas estas emociones se acentuaron, la

mano huyó, rápida, como luz de un relámpago que se apaga.

Milagros abrió los ojos ampliamente, como en asombro.

¿Qué la ocurría?

Armando, dueño de sí mismo, sonriente, fino, dijo a la deliciosa criatura:

—¿Qué le ha sucedido a usted? ¿Un mal sueño, quizá?

Y Milagros, con la encantadora ingenuidad de siempre, contestó:

—Sí. Ha sido un sueño. Un sueño muy raro. Pero malo, no. ¡Al contrario!

Y aun culebreó por el cuerpo adorable de la muchachita un estremecimiento deleitoso...

Valladolid se aproximaba ya.





NRIQUETA, la prima de Milagros, era una muchacha verdaderamente encantadora. Cinco novios había tenido, contando con el que ahora iba a ser su marido. Y como, según el refrán, no hay quinto malo, Juan José, a quien tocó hacer el quinto, decidió hacer de Enriqueta su esposa con todas las de la ley.

Enriqueta, al revés de Milagros, no era ingenua, ni mucho menos. ¡Sabía ella, al llegar al matrimonio, luego de cinco novios, más de esas cosas del amor!...

En cierta ocasión en que se celebraba en la ciudad un concurso de baile y las parejas fueron numerosísimas, se procedió a numerarlas como a los corredores de una carrera pedestre, para que hubiera medio de entenderse. Llegado el momento de la clasificación, el encargado de ella dijo a En-

riqueta y a su novio, con la mayor serenidad del mundo, sin dar importancia a la cosa :

—Hacen ustedes el sesenta y nueve.

Y Enriqueta, con el desgaire de una chulona de los barrios bajos madrileños, contestó :

—¿Nosotros el sesenta y nueve? ¡Quite de ahí, hombre! Ni con éste ni con Don Juan Tenorio hago yo ese numerito.

¡Y eso que entonces Enriqueta no llegaba más que al novio número tres!

Pues bien; ahora Enriqueta se casaba. Y se casaba completamente enamorada de Juan José, muchacho trabajador y amante, que se lo merecía todo. Por su parte, el futuro esposo de Enriqueta idolatraba a la que iba a ser su mujer, anhelando por instantes conseguir de ella lo que, a pesar de todos los escarceos eróticos, nadie consiguiera aún de la encantadora vallisoletana; pues para desechar todas las sospechas que hubieran podido nacer de la referida anécdota del concurso de baile, justo es declarar que Enriqueta era virgen. Claro es que una de esas vírgenes a medias de que hace ya no pocos años nos hablara Marcel Prevost.

Cuando, el día antes de la ceremonia nupcial, Milagros y su mamá llegaron a Valladolid, fueron acogidas por sus parientes con inmenso regocijo. Sobre todo Enriqueta no se cansaba de prodigar a su primita los más sinceros y encandilados elogios :

—¡Ay, chiquilla! ¡Yo no te podía imaginar tan



... íbase quedando desnuda.

bonita! ¡Eres una verdadera preciosidad! Tendrás novio, ¿verdad?

—No lo creas.

—¿De veras? ¿En qué están pensando, entonces, los hombres en Madrid?

La ingenua se encogió graciosamente de hombros y contestó con la encantadora inocencia que la caracterizaba:

—¿Novios? ¿Y para qué?

Picarescamente, Enriqueta repuso:

—Con un novio..., con un novio se pueden hacer muchas cosas.

—¿Casarse?

—Sí; casarse y otras cosas que vienen a ser lo mismo.

—No comprendo.

—¡Tontina!

Y Enriqueta, encandilada ante semejante candidez, devoró a su prima a besos.

Los invitados forasteros a la boda acudieron en gran número. No había medio de alojarlos.

Se convino en que la madre de Milagros se acostara en casa de los padres de la novia, en la camita de soltera de la bienaventurada Enriqueta. En cuanto a Milagros, la futura esposa de Juan José, declaró:

—Milagritos que venga a casa. Allí la alojaremos. Tenemos una alcobita a propósito, próxima a la nuestra.

Alguien se atrevió a insinuar con cierta picardía:

—Pero, Enriqueta; en una noche de novios...

La desaprensiva muchacha se limitó a contestar, sonriente:

—¡Oh! Bah... Mi primita es tan inocente, tan angelical, que no se cuidará sino de dormir como una bendita que es.

Y así quedara dispuesto.





LEGÓ para los recién casados el trascendental momento de retirarse a la alcoba nupcial.

Se había estado de jarana hasta ya bien entrada la noche, y Enriqueta y Juan José, a medida que la madrugada se iba aproximando, se devoraban con la vista y maldecían para sus adentros, cada vez con mayor irritación, a aquellos pelmazos que, en su afán de divertirse a costa ajena, les impedían gozar al fin del más sublime de los abrazos.

Por su parte, Milagros, a quien tal jolgorio aburría, se había retirado a su cuarto, pretextando un fuerte dolor de cabeza.

Cuando nuestra ingenua hizo saber su propósito, Enriqueta, en un aparte con su esposo, le dijo, guiñándole un ojo picarescamente:

—Mejor, ¿eh? Así podremos amarnos sin temor a que nadie se entere.

Y el venturoso a quien tal promesa hacía estrechó contra su corazón a la que ya era suya con todas las de la ley.

Luego de las despedidas, en las que se cruzaron frases picarescas que encandilaron más aún que lo estaban a los recién casados, éstos se dirigieron a la alcoba nupcial.

Al pasar ante la habitación destinada a Milagros, se detuvieron un instante, y aun escucharon un brevísimo momento.

Suspirante y estremecida por el beso que en la nuca, entre unos rebeldes ricitos, la diera Juan José, Enriqueta declaró:

—¡Duerme el angelito!

Pero el «angelito» no dormía. En cuanto Milagros se despojara de sus vestidos y se metiera en el lecho, su cansancio, su aburrimiento, su sueño, en fin, se disiparon como niebla primaveral bajo el beso del sol.

Aquella soledad, aquel reposo, aquel silencio la fueron gratos.

Y, con la luz apagada y los ojos abiertos, como si en la sombra fuese a surgir una luz esclarecedora que la descubriese todos los misterios de esta pícara existencia, Milagritos dejó que el tiempo transcurriera.

De pronto oyó un doble rumor de pasos que

avanzaban hasta la puerta de su alcoba y se detenían ante ella murmurando no sé qué...

—Son Juan José y Enriqueta que van a acostarse—declaró tranquilamente la ingenua virgencita.

«¡Que van a acostarse juntos por primera vez en su vida!», rectificó en ella su inteligencia, para en seguida hacerse la siguiente consideración:

—¿Qué pueden hacer en el lecho un hombre y una mujer jóvenes que por primera vez se acuestan juntos?

Y su curiosidad, que por algo Milagros era mujer, pareció contestarla de un modo naturalísimo:

—Vamos a verlo; o, mejor dicho, a oírlo.

Y Milagros se incorporó en el lecho.

En aquel preciso momento la nupcial ceremonia comenzaba en la habitación vecina.

Juan José, *gentleman* de corazón e inconsciente sibarita de la voluptuosidad, reclinado en un mueble, contemplaba con ojos deslumbrados cómo su mujer íbase quedando desnuda...

En medio de la habitación, segura de su belleza, sin el menor rubor, como rota a semejantes situaciones, Enriqueta se fué desposeyendo de sus vestidos.

Juan José la veía de espaldas. Y se estremecía de deseos ante las maravillas de carne sonrosada que iba descubriendo, ante las exquisitas turgencias de aquel cuerpo virgen que ya era suyo.

¡Qué mujer! ¿En qué museo viera semejante divinidad?

No pudiendo resistir ya a la sensación de aproximarse a semejante maravilla, a sentirla temblorosa y amante entre sus brazos, Juan José se acercó a su esposa.

Entonces ésta, al darse cuenta de que el hombre al que iba a entregar su virginidad se le aproximaba, giró hacia él, enfrentándole, mostrándosele en su más deslumbradora belleza.

No pudo contener entonces Juan José el grito de admiración que se le escapara. Porque él, que conocía a Enriqueta sólo por el tacto, aun presintiéndola bonita de cuerpo, no llegara a sospechar nunca que la primita de Milagros fuera el prototipo de la mujer bella y al propio tiempo sensual.

—¡ Qué hermosura ! ¡ Qué divinidad !—exclamó.

Y enlazó Juan José el cuerpo femenino con furor de sátiro.

—¡ Qué bonita ! ¡ Qué bonita eres !—no se cansaba de repetir el exaltado, entre besos explosivos cada vez más vehementes.

Y Enriqueta, sin contestar, sonreía, llena de ese noble orgullo que experimenta toda mujer que se ve admirada.

Desde su lecho, en el que se hallaba incorporada, Milagros, atenta a lo que sucedía en la habitación vecina, escuchaba.

Sólo oía el chisporroteo de los ardientes besos de Juan José y el murmurio de sus palabras admirtivas, que no lograba aún descifrar.

Y Milagros, vagamente, comprendía :

—Se besan ; sí, se besan. Y eso es el amor sin duda. Un besarse sin fin. Un murmurio de frases lindas.

Milagros suspiró. Y un recuerdo la asaltó seguidamente, haciéndola sonreír y decirse :

—¿Eso tan sólo?

Rememoraba el sueño-realidad del tren, en que la mano audaz, sutilmente, la prodigara una dicha tan dulce, tan especial...

—¿Eso tan sólo?—se repitió.

Y escuchó con más ahinco aún, llegando ya a apoyar su rostro contra la pared.

Juan José, enlazado con Enriqueta, la besaba sin descanso, prodigándola frases de pasión, que la lujuria hacía cada vez más candentes.

Al fin, en una brusca decisión, en un ímpetu de sátiro que no puede resistir más a sus deseos, Juan José impulsó a Enriqueta contra el lecho.

Milagros oyó el brusco caer de los cuerpos sobre el lecho. Y se sobresaltó.

¿Qué sucedía? ¿Por qué los esposos se desplomaban de tal modo, cesando en sus caricias?

Escuchó con más ahinco aún ...

—Se besan, se besan...—decíase Milagros.

Ahora los esposos estaban más cerca de ella. Y la ingenua criatura distinguía ya las palabras :

—¡ Rica ! ¡ Rica ! ¡ Oh ! ¡ Cuánto he suspirado por tenerte, por besarte así !...

Y entre los estremecimientos cosquillosos que la agitaban, Enriqueta gemía, ya en un dulce desfa-

llecimiento, que llevaba una extraña emoción a la que escuchaba:

—No me hagas sufrir más. Quiéreme como el esposo ha de querer a la esposa... Hazme ya conocer la gloria tras el largo deseo en que hemos vivido...

Juan José contestó a su esposa:

—Sí, bien mío. Yo te la haré conocer. Y por ella sabrás que no más hay allá en el mundo, que todas las felicidades que puedes imaginarte no serán comparables con la dicha que los dos hallaremos.

¿Más? ¿Había más allá del beso? ¿Una gloria? ¿Una felicidad incomparable, mucho mayor que lo que el pensamiento puede imaginar? ¡Ah!

Pero Juan José no era un bruto, no era un violador, no era uno de esos hombres que hacen para la mujer, de una noche de gloria, una noche de horrible martirio, sin piedad para la virgen atormentada.

Y de nuevo, reverente y dulce, comenzó a besar a su esposa, llenándose de la incomparable belleza del femenino cuerpo.

Toda anhelante, Milagros escuchaba.

—¡La gloria! ¡Ah, la gloria!—se murmuraba.

Y en esto, un grito penetrante hizo temblar a Enriqueta.

¿Qué había sucedido? ¿Un crimen quizá?

La horrorizó la idea. Y de tal modo hizo presa en Milagros el terrible pensamiento, que se zambulló entre las sábanas, como si el asesino, luego de

cometido su crimen con Enriqueta, lo fuese a repetir con ella.

Pasó un cuarto de hora así. Milagros no oía ya el menor rumor. Rehuía el escuchar, como si temiese, de un momento a otro, descubrir la evidencia de una tragedia.

Se durmió toda llena de terror.

Y tuvo un sueño...





BA Milagros en el tren. Un viajecito de Madrid a Santander. Junto a su hija, doña Aurora; frente a la encantadora criatura, el propio Juan José, novio amantísimo de Milagros por arte de la quimera, y al lado del joven, a su derecha, un señor de provecta edad y rostro amable, que parecía dispuesto a sumirse en el más profundo de los sueños apenas el tren se pusiese en marcha, pues el viaje iba a comenzar...

Sobre los vagones, los empleados preparaban las luces. Las del vagón de Milagros lucieron un brevísimo momento; luego se apagaron, como avergonzadas de su inutilidad. Nadie se dió cuenta de ello. ¿Quién, a las cinco de la tarde, iba a darse cuenta de que la luz artificial no funcionaba, con aquel hermoso sol canicular? Milagros, sí. Justa-

mente estaba mirando al techo en aquel instante; no sabía por qué, pero miraba.

El tren se puso en marcha.

Los viajeros iban alegres, dicharacheros. Ei señor de provecta edad, por decir algo, preguntó a doña Aurora:

—¿Van ustedes muy lejos?

—A Santander.

—¡Oh! Entonces yo pronto les dejo el sitio libre. No voy más que hasta Segovia.

Suspiró Milagros en alivio. El no lo notó. Sonreía plácidamente, con ese vago e inocuo sonreír de las almas buenas.

Las Rozas, Las Matas, los montes de Torrelodones ya. Y, de improviso, la sombra más absoluta; el tren se había zambullido en el primer tren de la etapa.

Rápidos, premiosos, unos labios amantes se apoyaron sobre los de Milagros; unas manos cayeron en dulce presión sobre sus senos...

La luz del día prontamente, sin tiempo apenas más que para un beso rápido y sabroso, como fruta hurtada...

Y Juan José, seriecito, circunspecto, sin mirar a Milagritos, murmuró:

—¿Túneles ya?

El viajero de edad provecta terció:

—¡Oh! Dos o tres más por ahora..., y después, hasta Reinosa, van ustedes despachados.

Doña Aurora, desde la ventanilla, se distraía con

el paisaje. Comprensiva y buena, la mamá de la muchachita hubiese deseado para ésta y Juan José una intimidad y recogimiento de los que, por el momento, tenían que prescindir.

Y no cabía otra colocación posible y natural de ellos cuatro más de la que tenían: Milagros, junto al vejete y frente a su novio; el vejete, junto a la ventanilla y frente a doña Aurora.

Pero Las Navas se acercaba y la tarde moría. Los viajeros comenzaron a darse cuenta de que aquel vagón carecía de alumbrado, y el rumoreo era general. Vino el revisor y le dieron la queja. Ya el sol moría en una sanguinolenta y dulce agonía.

En sus ojeadas, Milagros y Juan José se confesaban sus esperanzas en las sombras protectoras. ¡A oscuras, las manos juntas, las bocas unidas, libres de aquel hombre bueno, que se interponía, sin embargo, ante su dicha como la benéfica lluvia que el labrador aguarda entre el beso del sol y de la flor! Y doña Aurora dormida, santamente dormida.

La luz no volvía. Era ya la sombra plena.

Avila...

El viajero descendió, despidiéndose afablemente de ellos.

Propuso doña Aurora:

—Niños, ¿comemos algo?

—Bueno, mamá; pero con semejante luz...

—¡Qué se le va a hacer! Estas compañías...

La protesta de los viajeros se fué amortiguando. La mayor parte de ellos procuró dormir.

En la noche cerrada lucían las estrellas en miles de millones, y la luna, una luna melancólica, enviaba su opaca luz de plata en un debilísimo resplandor, que no lograba vencer a la sombra. ¡Y el tren rodaba, rodaba, en un traqueteo monótono, capaz de adormecer a cualquiera! Doña Aurora acabó por dormirse, extendiéndose a lo largo del asiento. Juan José, junto a Milagros ya...

Unieron los rostros, y Juan José Murmuró:

—¡Milagros! ¡Milagritos de mi vida! ¡Dime que me quieres tan quedo como nuestro aliento!

Y Milagros murmuraba quedo, como el aliento mismo:

—¡Te quiero, novio mío!...

—¿Te gusta la sombra?

—¡Oh, sí!...

—Es nuestra aliada. Figúrate, nenita, que fuera ésta nuestra noche de novios. Vamos solos en el vagón, solos... Dame tus labios...

El beso fué silencioso como la caricia que cruzan dos fantasmas.

Y luego, cuando sus labios se separaron, pudieron balbucir:

—¡Es horrible, Milagros, estar condenados a amarnos así!

—¿Así, cómo?

—Sufriendo, sufriendo...

—¿Sufres tú?



Milagros volvió a sonreír.

—Y tú.

—Yo deseo...

—Desear perennemente es sufrir, amada mía.

—Ya llegará nuestra gloria, ya.

En el silencio que se hiciera, sólo el rodar del tren y el rumoreo exterior de los campos era vida. Todo en el vagón dormía envuelto en sombra.

Juan José se alzó, salió al pasillo y escrutó...

Al reunirse de nuevo junto a Milagros, la dijo, todo estremecido de deseos:

—Vamos a marnos, nena... ¿Te atreves?...

Estremeciera profundamente a la gentil ingenua la voz de Juan José, dejándola sin fuerza para rechazar la proposición o para aceptarla.

Comenzó la caricia sutil y obstinada...

Iban ya camino de la gloria, cuando de pronto...

¡Luz!

El vagón se iluminó. De improviso, el mecanismo, tan inopinadamente como se entorpeciera, volvía, por lo visto, a funcionar.

Entre los labios de la amante pareja se estranguló un grito de sorpresa. Sus ojos, en un terrible renunciamiento al amor, se confesaron la fatal malaventura. Un viajero, en el inmediato departamento, murmuró malhumorado:

—¡Vaya, hombre! ¡Ya era hora!...

Desalentado, Juan José dijo a su novia:

¿Dormimos, nena?

Reclinó Milagros la cabeza sobre el cuerpo, en

una honesta posición, y se dispuso a dormir, suspirante y estremecida aún.

Doña Aurora no se había despertado.

Y beatíficamente, sin remordimientos, con la sonrisa en los labios, feliz de reposar por vez primera en su vida junto al hombre amado, acabó por quedarse dormida.

La luz entraba ya a raudales en el vagón. Corría el tren, corría. Juan José, junto a Milagros, burlando la atención de los demás viajeros, decíala:

—¡Qué horror, nena mía! ¡Esta luz! ¡Esta gente! No podemos amarnos como quisiéramos; no puedo acariciarte, besarte...

Traca-traca; traca-traca, traca... El tren corría, corría... Un silbido. Una estación. Un alto. Y luego, al minuto, otra vez traca-traca, traca-traca... Y la luz cegadora del sol estival, y la gente, ¡la gente, sobre todo!...

—Un beso, nena. ¿Le robamos un beso a la luz... y a los curiosos?

Los labios de Milagros en pompa, prestos a recibir, a corresponder al ósculo.

—A la una, a las dos...

El beso.

¡Oh! Apenas si sus labios se rozaron.

¡Maldita luz! ¡Maldita gente!

Traca-traca, traca-traca, traca... ¡Piíif!...

¿Otra estación?

—No. Un túnel.

La sombra plena, plena. Dentro y fuera.

—¡Tus labios! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Nena mía!...

¡Oh! ¡No era preciso el requerimiento! ¡Ya su boca fuera al encuentro de la boca del amado!...

Largo fué el beso largo... Y las tinieblas seguían, seguían, protectoras y buenas.

Bajo el abrazo que con el beso se aliara, el cuerpo de Milagros se fué plegando hasta quedar tendido sobre la blandura del asiento.

Y fué como si estuvieran solos en lo más profundo de la tierra, en un misterioso paraíso hecho de negruras; en un mágico edén creado por el diablo.

Y Satanás, el Satanás de la vida y de las ansias de amor de Milagros, con la cara simpática y sonriente, se inclinaba hacia la suya en busca de su boca para establecer de nuevo con ella el pasional contacto.

Y de pronto, unas manos sutilísimas, unas manos audaces, como de hada, como de ensueño, despojaron a Milagros de sus vestidos. Sintió primeramente un dulce frescor sobre su cuerpo; algo así como un soplo de aire serrano en una noche estival...

No se acongojó Milagros, no temió. En la sombra veía a Juan José solo, al deseado, como una estrella en las tinieblas, y él la sonreía, la alentaba con su mirada; parecía decirla:

—No temas, nena de mi alma. Cuando se arranca una rosa del rosal para prenderla sobre el corazón de un enamorado, la rosa se abre, se esponja en esperanza y en gloria... ¡Y no siente el dolor del arrancamiento!...

No temió, no. ¿Qué podía esperar del hombre amado que no fuera dicha?

El dulce frescor, de pronto, trocóse en tibieza, y la tibieza, seguidamente, en fuego. ¡Pero era un fuego tan suave, tan especial!...

El sacrificio de amor.

¿Quién ha dicho que las vírgenes sufren en el sacrificio de amor?

Milagros no sufrió.

Con voz que, al propio tiempo, emocionaba el alma y encendíala la sangre, él la decía:

—¿Sufres, nenita?

—¡Oh, no, bien mío!

¡Y no sufría, en efecto! Antes bien, cada vez era mayor su felicidad.

De pronto la sombra se fué aclarando, aclarando, a medida que sus ojos, cerrados bajo la violencia de la dicha, se entreabrían...

El túnel terminaba ya.

Era como una aurora, como un nuevo día, como un amanecer de apoteosis...

Una parada en seco del convoy.

Milagros dió un grito y se despertó.

Sola. Se hallaba sola en su habitación, en su lecho.

Recordando, sonrió...

En la habitación de los recién casados ya nada se oía.

Todo era silencio en la casa.

Milagros volvió a sonreír. Esta vez maliciosamente, triunfadora. Aunque en sueños, había penetrado en el cercado ajeno...

Y no sintió remordimiento por haber traicionado a su prima Enriqueta de modo tan inevitable e inofensivo.

Tal vez en la realidad hubiese sucedido lo mismo.

De nuevo volvió a dormirse.

Pero esta vez su sueño fué sosegado y dulce, sin pesadillas...





L día siguiente, el despertar de los recién casados fué ya muy avanzada la mañana. Seguidamente, luego de las caricias de rigor y de dar una segunda representación privada de la obrita—muy propia de Martín, qué duda cabe—estrenada con tan extraordinario éxito la pasada noche, saltaron al público escenario de la vida un tanto avergonzaditos, como si acabaran de cometer una mala acción. ¡Que así es la gente!

Entre los íntimos de la casa fueron acogidos con sonrisitas picarescas y palabras de doble sentido.

Milagros, en cuanto pudo entendérselas a solas con su primita, le preguntó, un tanto llena de rubor:

—¿Qué, Enriqueta, pasaste bien la noche?

La interpelada enrojeció a su vez y contestó, con la vista baja y la voz un poco emocionada:

—Sí... Pero... ¡si supieras!

—¿Qué?

—¡Si supieras!...

—¿Qué?

—No te cases, Milagros.

—¿Eh?

—No te cases.

Y rectificándose de repente con vehemencia:

—Es decir, sí, Milagros, sí. ¡Cásate!

Fué cuanto la curiosilla logró saber de la recién casada.

Por la tarde, Juan José propuso a su esposa:

—¿Quieres que salgamos de paseo? Hace una tarde espléndida.

—¿Dónde iremos?

—A Campo Grande.

—Bueno.

—Que venga con nosotros Milagros, ¿eh?—ideó Juan José.

Y agregó riendo:

—A lo mejor le sale un novio.

—¡Quién sabe! No tendría nada de particular, porque Milagritos es muy guapa.

Saboreando la imagen de la muchacha, el muy ansioso murmuró en deseo:

—¡Ya lo creo!

Poco después, los recién casados, en compañía de Milagritos, se dirigían al famoso lugar vallisoletano, que en aquella hora se hallaba animadísimo.

Las dos mujeres fueron objeto de murmullos de

admiración entre el elemento masculino. Y no sin justicia, porque Enriqueta y Milagros eran dos lindísimos ejemplares de lo que da la Naturaleza en punto a mujeres guapas.

Las dos eran rubias, esbeltas y blancas de piel. Las dos tenían unas lindísimas pantorrillas y ambas eran dueñas de unos angelicales ojos azules, más bellos que el propio cielo. Y de sus senos menuditos, y de su gentilísima figura toda, no hay que hablaros, que no habría excelencias bastantes en las rimas de un inspirado poeta para ponderarlos.

Así debió entenderlo Juanito Ramírez, el as de los castigadores locales, por cuanto, apenas divisó a las dos hembritas largó un conmovedor «¡Ay, mi madre, lo que viene por aquí», y agregó:

—La recién casada estará verde para mí; pero lo que es la otra... La otra, ¿quién será, Porque esa no es de Valladolid, si no...

El castigador vallisoletano era amigo de Juan José. Y en cuanto nuestros tres personajes se fueron aproximando al sitio donde Juanito Ramírez se hallaba, éste se adelantó sonriente hacia los cónyuges para decir:

—Enhorabuena a los recién casados. Y mi homenaje de admiración y simpatía a la bellísima acompañante. ¿Una madrileña quizá?

Milagritos asintió con un movimiento de cabeza, y Juan José hizo las naturales presentaciones.

Juanito Ramírez unióse al grupo que formaban Milagritos y el matrimonio, invitado por Juan José,

y el flirteo entre la primita de Enriqueta y el castigador vallisoletano comenzó.

Milagritos estaba encantada de su conquista. A Juan José le complacía que el dilecto galán de las bellezas de Valladolid pusiera su amatorio interés en aquella primita de Enriqueta, que, por mor del matrimonio, había pasado a ser familia suya.

Las dos parejas se distanciaron adrede.

Juan José había dicho a su esposa:

—Déjalos flirtear. ¡A ver si de aquí sale otra boda!

Y Juanito Ramírez, con el más pasional acento de su repertorio, indicaba a Milagritos:

—No tenga usted miedo de quedarse atrás conmigo. Necesito decirla lo que he experimentado desde que la vi...

—¿ ... ?

—Que es usted muy guapa, muy guapa, y que en el azul de sus ojos me voy a perder yo con el aeroplano de mi cariño.

Cursilita y moderna la frase; pero a Milagritos le gustó. Dijo riendo:

—¡Vaya las cosas que se dicen en Valladolid!

—Eso lo digo yo solito. Y ello porque usted me lo inspira. Y si usted se decidiera a quererme como yo la quiero a usted, cosas más bonitas y más pasionales la diría yo.

El dúo fué animándose. El idilio fué completo.

Atardecía ya. Campo Grande se fué quedando desierto. Bajo las primeras sombras de la noche

dos idilios, uno ya en plena sazón y el otro apenas en flor, vivían.

Juntas las bocas, los esposos se comunicaban sus ansias de amor. Juntas las manos, los novios ya se juraban promesas eternas de dicha futura.

—Esta noche, Milagritos, quisiera verte.

—¿Cómo? No es posible.

—Sí. En casa de tu prima, en el piso bajo, casi a ras de la calle, hay una ventana grande, con una reja, para guardar el tesoro que tú eres, donde podremos vernos, hablar, cuando todo en Valladolid duerma. Allí te diré cosas dulcísimas; allí...

Juanito Ramírez se estremeció. En aquella frase interrumpida había ya no sé qué turbios deseos concupiscentes...

Pero su alegría creció de punto cuando Milagritos le declaró ingenuamente:

—Precisamente esa habitación de la ventana del piso bajo es mi cuarto.

—¡Ah! Entonces...

—En el mismo pasillo, en la ventana inmediata, la más pequeña, es la alcoba de mis primos...

Pero Juanito Ramírez ya no escuchaba a Milagritos. Su imaginación se hallaba sumergida en una quimera erótica, en la que tras el cuerpo semidesnudo de la rubia incomparable iban sus manos codiciosas y su boca ávida...



Ás de media noche. Duerme la ciudad. Duermen ya también los esposos, ahitos de amor. Su segunda noche nupcial ha sido tan llena de fiebre como lo fuera la primera; pero, más maduro el fruto incomparable de la voluptuosidad, los esposos han gustado de él con más deleite, hallándolo más sabroso...

Desde su lecho de soltera Milagritos escuchaba rumor de ardientes besos, murmurio de frases pasionales, quejas dulcísimas, suspiros estremecedores.

Y así, con el alma y el corazón removidos, con la sangre caldeada y la imaginación en fuego, Milagritos, envolviendo el tesoro de su cuerpo en una leve bata, va desde su lecho a la reja tras la que Juanito Ramírez ya espera...

¡Oh, la noche ideal! Una pálida claridad ilumi-

na a la linda rubia, idealizándola. Al pie de la reja, Juanito Ramírez ve surgir a su nueva novia como una celestial aparición. No puede contener su entusiasmo y exclama:

—¡Bonita! ¡Bonita! ¡Bonita! ¡Qué bonita eres, Milagros, y perdóname que te tutee ya! ¡Qué bonita eres!

Milagros sonríe, halagada, y deja que sobre su blanca y diminuta mano el apasionado galán deposite unos preliminares besos de amor.

Su boca pasional aspira a más. Enardecido, no quisiera detenerse en la mano diminuta. Y pide:

—Milagros, te quiero mucho, mucho. Como no he querido a mujer alguna. No tengas miedo en concederme lo que voy a pedirte, que ningún mal hay en ello. Al contrario, tal vez experimentes la mayor felicidad que hayas vivido en tu vida.

—Pide...

—Quiero un beso de tu boca. Quiero que me dejes besar tu rostro de ángel...

Milagritos se resiste. Pero aún vive en ella el recuerdo de los besos escuchados. Y acerca su rostro a la reja.

Se juntan las bocas. Y en la noche callada, mientras la ciudad castellana duerme, se alza triunfal el rumor augusto de un beso tan dulce como largo...

Sus labios no aciertan a separarse. El cuerpo de la enamorada se estremece y vibra. Sus ojos se

cierran, sus manos se crispan, todo en ella es entrega.

—¿Eres feliz, bien mío?

Es él quien hace la pregunta, luego del beso sin fin. Y ella contesta, casi sin fuerza, en un desmayo de su voluntad toda.

—Sí. ¡Muy feliz! Como tú me anunciaste. Como nunca lo fuera.

Agolpada contra la reja, Milagritos no se opone a que las manos de su novio se extravíen...

Y ella se queja, bajo las sabias caricias que Juanito Ramírez la prodiga, como Enriqueta en la hora nupcial se quejara.

¡Qué dulce es el amor! ¡Qué dulce es la voluptuosidad!

Y como así la virgen lo confiesa, el castigador asegura:

—Aún hay más, Milagritos; aún hay más

—¿Sí?—dice ella ingenuamente.

—¡Oh! Ya lo creo. Y si tú te atrevieras...

—¿Qué?

—Nada. Porque como no te vas a atrever...

—Dime, sin embargo.

—No.

—Dime, hombre.

—¿No te asustarás?

—¿Es muy grave?

—Sí; pero, en cambio, ¡qué felices seríamos!

Ella adivina. Y no contesta. Bajo la plata de la luna, la púrpura de sus mejillas apenas si es rubor.

—¿Adivinaste, Milagritos?

—No sé...

—Dime tú entonces si adivinaste.

—¡Oh! ¡No podría!...

—Verás. Yo te ayudaré. Más que un beso, más que una caricia, hay otra cosa. Nace del dolor y acaba en el más excelso de los placeres. Es como un delicioso morir. No sé quién ha dicho que *eso* es lo mejor del mundo. Y así ha de ser, puesto que sin ello la vida no existiría...

Muy adentro Milagritos se dice:

—Así ha de ser, en efecto, puesto que *ellos* se quieren tanto, son felices y, en el lecho...

Toda ella se estremece. Y declara, rotunda:

—¡Sí! ¡Debe de ser una cosa mágica! Lo mejor del mundo, como dices tú.

La serpiente de la voluptuosidad insinúa por boca de Juanito Ramírez:

—Muy juntos los cuerpos... El uno en el otro... Juntas las bocas... En otro mundo donde se muere de dicha...

Y, seducida, Milagritos contesta:

—¡Oh! ¡Qué felicidad, en efecto!

El vuelve a decir:

—¡Si tú te atrevieras!

Pero Milagritos ya no tiene voluntad. Ella se atreve a todo, porque no puede resistirse a nada.

—¿Por qué no he de atreverme, queriéndote como te quiero?—dice ingenuamente.

—Es verdad. Entonces...



¡Qué dulce es el amor!

—¿Adivinaste, Milagritos?

—No sé...

—Dime tú entonces si adivinaste.

—¡Oh! ¡No podría!...

—Verás. Yo te ayudaré. Más que un beso, más que una caricia, hay otra cosa. Nace del dolor y acaba en el más excelso de los placeres. Es como un delicioso morir. No sé quién ha dicho que *eso* es lo mejor del mundo. Y así ha de ser, puesto que sin ello la vida no existiría...

Muy adentro Milagritos se dice:

—Así ha de ser, en efecto, puesto que *ellos* se quieren tanto, son felices y, en el lecho...

Toda ella se estremece. Y declara, rotunda:

—¡Sí! ¡Debe de ser una cosa mágica! Lo mejor del mundo, como dices tú.

La serpiente de la voluptuosidad insinúa por boca de Juanito Ramírez:

—Muy juntos los cuerpos... El uno en el otro... Juntas las bocas... En otro mundo donde se muere de dicha...

Y, seducida, Milagritos contesta:

—¡Oh! ¡Qué felicidad, en efecto!

El vuelve a decir:

—¡Si tú te atrevieras!

Pero Milagritos ya no tiene voluntad. Ella se atreve a todo, porque no puede resistirse a nada.

—¿Por qué no he de atreverme, queriéndote como te quiero?—dice ingenuamente.

—Es verdad. Entonces...



¡Qué dulce es el amor!



UAN José se despertó. Junto a él sintió la tibieza del cuerpo juvenil de su mujer. Sonrió, como el avaro que palpa su tesoro al sacarle de su escondrijo. Su mano fué en caricia hacia el dulce bien.

Enriqueta no se despertó. Dormía profundamente, rota por la segunda batalla de amor.

Respiraba suave, sosegada, angelicalmente. Un sueño feliz, en fin, libre de pesadillas, aun las más rosadas...

Juan José se incorporó en el lecho. ¿Qué hora sería? Oyó sonar un reloj. Una campanada. Las doce y media quizá...

¡Bah! ¿Qué más daba? Juan José era feliz, y sabido es que, para los felices, el reloj no existe. Que fuese la hora que quisiera. Y el dichoso ma-

rido de Enriqueta volvió a extenderse junto a su mujer.

Pero no logró conciliar el sueño. Oyó sonar otra campanada.

De buena gana...

Pero no quiso despertar a su esposa, que tan plácidamente dormía.

Y su imaginación comenzó a saltar de flor en flor; es decir, para servirnos de semejante imagen, su pensamiento rodó de Enriqueta a Milagros.

Surgió en él un dilema: ¿cuál de las dos mujeres era más guapa? Ninguna triunfó en el concurso. Si Enriqueta era una estupendísima hembrita, su prima Milagros no la iba en zaga.

Y declaró jovial e inconsciente:

—¡Me quedo con las dos!

De improviso sintióse sobrecogido por la declaración, inocentemente exhalada, sin fundamento real alguno. ¡Me quedo con las dos! No estaría mal la cosa. ¡Las dos! ¡Estupenda idea!

Y comenzó a saborearla por pasar el tiempo, sin seria intención, mientras el sueño llegaba...

Milagritos debía de ser una joyita, un bocado deliciosísimo para un sibarita del amor como Juan José era. Milagritos...

Se incorporó en el lecho el insomne.

¿No había oído rumor de palabras, algo así como un bisbiseo?...

Escuchó...

Oyó crujir el lecho de Milagritos.

—Está despierta—se dijo—. Debe de estar rezando.

Y rió:

—¡No estaría mal que tras la oración surgiera el diablo!

...Era esto en el preciso momento en que la joven, decidiéndose, acababa de entregar la llave de la puerta de la casa a Juanito Ramírez y, toda temblorosa, se refugiaba en su lecho en espera del amado...

Impulsado por la maléfica idea que acababa de asaltarle, Juan José saltó fuera del lecho y con cierta precaución abandonó su alcoba.

Poco tuvo que andar. Dos pasos más y se encontró ante la puerta de la alcoba de Milagros.

Se vió obligado a reprimir un grito de alegría al encontrarse con la puerta entreabierta, que apenas si tuvo necesidad de impulsar para penetrar en la estancia.

Luego, cerró cuidadosamente la puerta y avanzó hacia el lecho. En él, inmóvil, la deliciosa criatura, presta al sacrificio de amor, aguardaba...

Con voz ahogada, lleno de toda la emoción del sátiro que va a saltar sobre la ninfa, Juan José murmuró por decir algo:

—Milagritos, ¿duermes?

—No. Te espero...

—¡Oh!...

Y no hubo más palabras.

Sus cuerpos se buscaron, se unieron. En la sombra, dos bocas aplastáronse una contra otra.

El gemir de la virgen...

El desvarío del venturoso...

—¡Vida mía! ¡Mi bien! ¡Cuánto he deseado este momento!

—¡Oh! Yo también.

De nuevo las bocas se unieron...





BRIÓ la puerta Jacinto Ramírez con infinitas precauciones, mas no con la rapidez que él hubiera deseado para estar cuanto antes junto a la divinísima criatura que acababa de conquistar.

Luego de cerrar de nuevo la puerta se adentró en la casa.

Con arreglo a la topografía del terreno. apenas atravesada una estancia no tenía más que torcer a la derecha, y en seguida, en el pasillo, encontraría la alcoba de Milagritos, la segunda habitación, seguramente.

Cautelosamente, pisando de puntillas, Juanito Ramírez pasó ante la alcoba del matrimonio, cuya puerta halló entreabierta, pues así la dejara Juan José al salir para reunirse con Milagritos.

Jacinto Ramírez, a pesar de la solemnidad del

momento, no pudo por menos de sonreír, pensando que, con sólo avanzar la cabeza, podría presenciar, semiborrado por la oscuridad, un dulce cuadro de amor.

Pero no se detuvo. Quería cuanto antes llegar al cuarto donde Milagritos se hallaba...

Al llegar tras la puerta cerrada, un extraño rumor le sobresaltó.

¿Besos?

Sí. No cabía duda.

Y un murmullo de vocablos pasionales.

Y un rumor de cuerpos que se agitan...

¡Cielos! ¿Si se habría equivocado?

No podía ser otra cosa. La habitación entreabierta era donde Milagros se hallaba. Esta donde todo parecía estarse celebrando el trascendental e incomparable rito del amor, a puerta cerrada, naturalmente, era la habitación de los esposos.

Retrocedió.

Llegó junto a la puerta entreabierta y, receloso, a pesar de todo, murmuró quedamente:

—¡Milagros!

Nadie le contestó.

¿Qué había sucedido?

Creció su inquietud.

De pronto, tranquilizándose, se dijo:

—Son alucinaciones mías. Milagros está ahí, y no me contesta porque el miedo la corta la voz.

Y, decididamente, se adentró en la habitación donde, en la tranquilidad mayor del mundo, ajena

a semejante vodevil, digno de una de esas desvergüenzas de Martín, Enriqueta reposaba.

Llegó junto al lecho y extendió la mano. ¡Oh, el cuerpo incomparable de mujer con que tropezara!

Exclamó estremecido, con voz que era más bien un suspiro:

—¡No tengas miedo, amada mía!

Buscó la boca de la mujer y depositó en ella un beso de pasión y de deseo, que fué prontamente correspondido.

Un minuto más tarde, Jacinto Ramírez asaltaba el lecho tibio.

Y, loco de alegría, sintió cómo un cuerpo perfumado, cálido, iba hacia él y se le unía pasionalmente...

No hubo palabras en la amorosa batalla.

¿Para qué?

Ni tampoco un ¡ay de dolor.

¡Todo fué gloria!



IENTRAS tanto, en la alcoba donde el audaz Juan José alcanzara el fruto más preciado que puede otorgar la mujer, el equívoco se deshacía de esta manera:

—Milagritos, ¿has sido muy feliz?

La sacrificada abrió los ojos en susto, saliendo bruscamente del voluptuoso sopor en que la amorosa batalla la sumergiera, y, reconociendo ahora la voz que así la hablaba, exclamó:

—¡Cómo! Pero ¿tú?

—¿Qué?

—¡Juan José! ¿Tú eres Juan José?

—Claro, mujer. ¿Quién esperabas tú que fuese?

Ella quedó silenciosa, no sabiendo qué explicar.

Dos lágrimas, impulsadas por yo no sé qué extraño sentimiento, rodaron por sus mejillas.

Reaccionando a poco, mientras en la semioscu-

ridad Juan José contemplaba embelesado a su excepcional conquista, comparando sus encantos con los de la mujer que lícitamente le correspondía, Milagritos confesó:

—Después de todo...

—¿...?

—Te prefiero a ti. Porque tú has sido el que ha llevado a mi cuerpo y a mi espíritu el deseo...

—¿Cómo?

—Ha llegado hasta mí el eco de vuestra felicidad, y *la* he envidiado.

—¿Y ahora?

—Ahora, no. Ahora...

Milagritos estrechó contra su cuerpo al hombre a quien debía su desdoncellez y murmuró perdidamente:

—¡Qué bien sabe el fruto robado!

El victorioso sonreía...

Pero de pronto, una duda le asaltó. Dijo bruscamente a su conquista:

—Tú esperabas a alguien cuando yo llegué a ti, ¿verdad, Milagritos?

—Sí.

—¿Juanito Ramírez, quizá?...

—Sí.

—¿Y...?

—No sé. Le di la llave para que penetrara en la casa, y en vez de él te presentaste tú.

Una duda terrible le hizo atragantarse la felicidad hallada al venturoso.



¡Oh, el cuerpo incomparable de mujer!

ridad Juan José contemplaba embelesado a su excepcional conquista, comparando sus encantos con los de la mujer que lícitamente le correspondía, Milagritos confesó:

—Después de todo...

—¿...?

—Te prefiero a ti. Porque tú has sido el que ha llevado a mi cuerpo y a mi espíritu el deseo...

—¿Cómo?

—Ha llegado hasta mí el eco de vuestra felicidad, y *la* he envidiado.

—¿Y ahora?

—Ahora, no. Ahora...

Milagritos estrechó contra su cuerpo al hombre a quien debía su desdoncellez y murmuró perdidamente:

—¡Qué bien sabe el fruto robado!

El victorioso sonreía...

Pero de pronto, una duda le asaltó. Dijo bruscamente a su conquista:

—Tú esperabas a alguien cuando yo llegué a ti, ¿verdad, Milagritos?

—Sí.

—¿Juanito Ramírez, quizá?...

—Sí.

—¿Y...?

—No sé. Le di la llave para que penetrara en la casa, y en vez de él te presentaste tú.

Una duda terrible le hizo atragantarse la felicidad hallada al venturoso.



¡Oh, el cuerpo incomparable de mujer!

—¿Y si?... No. ¡Sería espantoso!

Se alejó vivamente y, desolado, fué hacia la conyugal alcoba...

Pero en ella ya todo había terminado. Los felices acababan de resucitar de su dichosa muerte de amor, para, a su vez, reconocerse...

Fué Juanito Ramírez quien primero se dió cuenta del equívoco. Pero ya era tarde. Su barca caminaba vertiginosa hacia el reino de Citerea. A su imaginación acudió la misma idea que asaltara a Milagritos:

—¡Después de todo!...

Y hasta acabó por convenir que, más que perder, ganaba en el cambio.

Pero cuando Enriqueta se dió cuenta de que el hombre con quien acababa de conseguir la dicha de amor no era el que legítimamente le correspondía, a punto estuvo de desmayarse.

Juanito Ramírez hizo cuanto pudo por tranquilizarla, explicando cómo había podido producirse lo que el azar urdiera de tan infernal modo.

—Pero ¿y mi esposo? ¿Dónde se halla?

Palideció Juanito Ramírez.

—¿No se hallaba con usted?

—Sí, claro.

—¿Entonces?

Los dos quedáronse perplejos. Pero recordando cuán dichosos fueran, volvieron a fundirse en un abrazo pasional, olvidando el inmediato peligro y plasmando la frase del poeta: *Dulce y sabrosa como la fruta del cercado ajeno.*

Así abrazados los sorprendió Juan José, que no tuvo más remedio que perdonar, porque su conciencia no le hubiese permitido exigir responsabilidades.

Un mes después se celebraba en el mismísimo Valladolid la boda de Juanito Ramírez con Milagros. Y así todo quedó equilibrado y en familia.

Justo es consignar que la referida equivocación no volvió a repetirse.

Y que ambos matrimonios fueron muy felices, sin tener necesidad de asaltar el cercado ajeno.

